Los escándalos de Clinton: la trivialización de la política

GABRIEL GUERRA CASTELLANOS

La oleada de escándalos en que se ha visto involucrado recientemente el presidente Clinton ha superado con mucho todos los límites que imponían las reglas políticas, y, por qué no, las morales, del *establishment* de los Estados Unidos. Por vez primera, el primer mandatario se ve obligado a declarar en un proceso legal que le atañe directa-mente; por vez primera se pretende anteponer el interés del público (o de un fiscal especial) a los privilegios que tradicionalmente han permitido al Ejecutivo operar sin distraerse por demandas en su contra y, tal vez más importante, por vez primera asistimos al desmenuzamiento de actividades privadas en la Casa Blanca, sin importar que se pretenda interrogar al conserje, a la secretaria o al agente de seguridad cuya tarea es proteger la integridad física y la necesaria (para efectos de seguridad) prevacía e intimidad del presidente, de su familia y de sus más cercanos colaboradores.

Incluso para quienes creían haberlo visto y oído todo, tras el escándalo de Gennifer Flowers en su primera campaña, el de Whitewater en la segunda y numerosos otros en el inter, el *affaire* Lewinsky ha resultado difícil de digerir. Las acusaciones son tan serias o frívolas como el tinte ideológico o moral del cristal a través del cual se mire, pero la vulnerabilidad de la presidencia del país más poderoso del mundo ha sorprendido a todos por igual. Aunque el paso de las semanas ha tranquilizado los ánimos, es difícil olvidar que al principio de este escándalo se llegó a hablar seriamente de la posibilidad de que el presidente Clinton tuviera que abandonar su cargo, ya por su propio pie o a instancias del Congreso. Los primeros días del *interngate* dejaron absorto a medio Washington, y prácticamente paralizado al gobierno federal.

Como pocas veces desde Watergate, el sistema político estadunidense prácticamente se inmovilizó, concentrado en un tema que, por su banalidad y por ser de índole privada, no debía haber sido objeto de tal atención. El enfrentamiento con Irak, el buen desempeño económico, la reducción del déficit, todo pasó a segundo plano para que los medios pudieran dedicarse en cuerpo y alma a analizar cada posible vertiente y variante del escándalo.

Más allá de la veracidad de las acusaciones que se acumularon sobre el presidente William Clinton, más allá de la seriedad de quienes las difunden y más allá de la credibilidad que las rodea, la escandalitis que agobia a los políticos estadunidenses es un claro y preocupante síntoma del deterioro, tal vez terminal, en que se encuentra la vida pública en nuestro país vecino.

Clinton es, probablemente, el político más notable de los últimos tiempos. Supo sobreponerse a doce felices años de administraciones republicanas, que habían dejado a su país más endeudado pero más contento, que le habían levantado la mano victoriosa en la batalla contra el comunismo, que habían derrotado al villano iraquí, derrocado al dictador panameño, rescatado a Nicaragua y Granada, terminado con la carrera armamentista. Entre las numerosas medallas que Reagan y Bush se colgaban al pecho, difícilmente se asomaba alguna sombra. Todo parecía indicar que el presagio de 24 años más de continuidad política y económica se aplicaría... en EUA.

Hasta que llegó Clinton. Un gobernador provinciano (porque los hay cosmopolitas) con un peinado a la moda, con una esposa poco maternal y muy eficiente que criticaba a las señoras que cocinan galletitas, con ideales demócratas tradicionales, es decir demasiado a la izquierda de estos tiempos, y con muchos compromisos políticos y una vida familiar que dejaba algo que desear. En el mundo perfecto de los políticos estadunidenses de los 80, inaugurado por el siempre sonriente Reagan, Clinton era la imperfección personificada. Ni siquiera tenía un perro. ¿Qué pretendía?

Demasiadas cosas. Clinton derrotó a un George Bush que había batallado toda su vida para ser presidente, tan sólo para cansarse al llegar a la meta ansiada. Pudo más el hambre de triunfo de Clinton que sus contradicciones ideo-lógicas y los asuntillos extramaritales que ya le perseguían, y llegó a la Casa Blanca con una cargada agenda política. El sistema de seguridad social y de atención medica, el TLC, los homosexuales en el ejército, eran tan sólo algunos de sus proyectos. El TLC fue su gran victoria, cargada de ironía pues era un tema que Bush había impulsado en su momento. En los otros, Clinton se estancó y los republicanos conservadores, encabezados por Newt Gingrich, creyeron ver su oportunidad cuando vencieron abrumadoramente en las elecciones intermedias de 1994. Clinton parecía un alma en pena, la revolución conservadora en plena marcha hacia la Casa Blanca.

Pero algo tienen los estadunidenses, que no les agradan los grandes proyectos políticos. Más tardaron Gingrich y los suyos en comenzar su revolución que la opinión pública en volverse en su contra. Como en

una vieja película de boxea-dores, Clinton se creció al castigo, revivió, destrozó a Bob Dole y se reeligió en contra de todos los pronósticos. La resurrección política de este hombre ha sido analizada de sobra, y hasta hace poco se hablaba más del lugar que buscaba ocupar en los libros de historia que de su debilitamiento o incluso su caída del poder.

Todo lo cual nos lleva, asaz lentamente, al tema que hoy nos ocupa. Clinton ha estado bajo la lupa de un fiscal especial que inició sus pesquisas sobre un presunto fraude en un asunto de bienes raíces, conocido ahora como Whitewater, para después ampliar sus investigaciones a toda suerte de asuntos, desde el suicidio de un colaborador de Clinton hasta los supuestos amoríos de éste, antes y después de su llegada a la Casa Blanca. Este fiscal de hierro, Keneth Starr, un hombre antaño respetado y hoy controvertido que tiene en contra su innegable militancia política, ha rascado y hurgado en cada cajón y en cada rincón a que ha tenido acceso. Con el presupuesto ilimitado, que la ley concede a los fiscales especiales, no ha tenido restricciones en su búsqueda. Tan es así que los Clinton y sus aliados han acusado a Starr de tener propósitos políticos, y de ser parte de una conspiración de derecha para dañar al presidente.

Curiosa conspiración en un país en que los conservadores se quejan de que los medios están controlados por los liberales, y en el que prácticamente nada ni nadie está a salvo de su escrutinio. Vale recordar que de Gingrich se dijo, en su momento, que le había pedido el divorcio a su esposa de muchos años cuando ésta se recuperaba de cáncer en el hospital. Aparentemente cierta, ésta no fue una historia demasiado apetecible para los medios.

La opinión pública, ese ente amorfo al que sólo comprenden, a veces, los encuestadores, se ha mostrado menos preocupada por la infidelidad de su presidente que por la posibilidad de que haya mentido u omitido decir la verdad. Al igual que en la campaña electoral de 92, ha pesado más la solidaridad (complicidad para algunos) de Hillary que las acusaciones, y una vez más Clinton parece haber sorteado la tormenta. A reserva, claro, de lo que tenga guardado en sus expedientes Kenneth Starr.

La trascendencia de éste y de otros escándalos que involucran a personajes públicos en EUA va sin embargo mucho más allá de su contenido, real o imaginario. No es la veracidad, ni las supuestas fallas de carácter de los políticos lo realmente preocupante. En el fondo de estos escandalillos está algo mucho más serio y mucho más preocupante: la trivialización del poder y de los hombres y mujeres públicos en los Estados Unidos. A nadie afecta realmente que sean ciertas o falsas las acusaciones, siempre y cuando sean lo suficientemente interesantes. La capacidad de respuesta de los involucrados, y el manejo de medios, se vuelven tanto o más importantes que la historia en sí y los escándalos se vuelven así una especie de telenovela que se transmite en los noticiarios y se publica, de manera seriada, en los diarios y revistas.

¿Y entonces de que se ocupan los estadunidenses cuando sus figuras políticas no están involucradas en algún drama o escándalo? Seguramente pensaran los ingenuos —de asuntos más serios, como las finanzas públicas, el sistema de salud, la educación, la creación de empleos... No, no es tristemente así. Cuando los políticos no están envueltos por el escándalo, el ciudadano estadunidense se ocupa de otros personajes, unos mas públicos que otros.

O. J. Simpson, el Unabomber, los hermanos Menendez, que mataron a sus padres, la patinadora asesina, ésos son los asuntos que verdaderamente atraen la atención del público. Los otros temas, el vacío ideológico, la crisis de valores políticos, la ascendencia de figuras radicalmente antipolíticas como Ross Perot o Pat Buchanan, las relaciones con sus vecinos, o con Europa, o Asia, eso no preocupa a nadie fuera de Washington, DC.

Y eso —se preguntará el lector— ¿será realmente grave? No necesariamente todo lo que acontece en el *beltway* washingtoniano es relevante, y en todos los países la gente se ocupa de otras cosas más divertidas que la política. Cierto, pero ahí no radica la seriedad del asunto. Nadie pretende negarle a los estadunidenses, ni a ningún otro pueblo, el derecho al entretenimiento, pero vale la pena reflexionar, al menos durante los comerciales de esta telenovela, acerca del daño tal vez irreparable que están sufriendo hombres y mujeres públicos, sujetos no sólo al escrutinio y al escarnio, sino —peor aún— a la irrefutable aseveración de que todos los políticos son iguales: o corruptos o depravados o mentirosos. Ya ni siquiera hablar de buen gusto, sobre todo cuando vemos a los personajes que se pretende vincular amorosamente a Clinton.

Además de que muchas de las imputaciones no han sido comprobadas, y de que otras más han sido descalificadas como burdas maniobras políticas, el hecho es que el presidente y muchos de sus colaboradores han tenido que dedicar tiempo y recursos considerables para defenderse de las acusaciones. Nadie parece estar a salvo de esta oleada moral que no deja títere con cabeza, y la mayoría de los servidores públicos que se ven involucrados en una controversia difícilmente prosperan en sus carreras. Peor aún, por injusto, es que el descrédito y desprestigio se extienden a todos los funcionarios, a todos los políticos, a todos los burócratas. Esto tiene serias implicaciones: en el mundo occidental observamos una tendencia creciente de la ciudadanía

a alejarse de los partidos, y en general de la política.

De la misma forma, entre las nuevas generaciones de profesionistas calificados son cada vez menos los que optan por el servicio público, así como cada vez más los funcionarios honestos que prefieren cambiar su vocación antes que verse asociados con la duda, si no es que la censura, de la sociedad. El problema radica en que al generalizar la sospecha y al desacreditar a la función pública, se ahuyenta precisamente a aquellos hombres y mujeres que son indispensables para sanearla y mejorarla. No es sorprendente que, a todos niveles en Estados Unidos, los mejores hombres y mujeres opten por no participar para evitarse el escrutinio de una prensa sensacionalista que no se abstiene de hurgar en sus vidas privadas, más preocupada por aumentar sus tirajes que por cuidar la moral y las buenas costumbres.

La imagen que queda en la mente de los ciudadanos es la de una clase política degenerada, alejada de la realidad, corrompida por el poder y la vanidad. Cierto o no, el hecho es que estas acusaciones, muchas infundadas, alejan a la población de los políticos, hacen que muchos hombres y mujeres de gran valía dejen el sector público por temor a las generalizaciones o a escrutinios a los que jamás se sometería un empresario o un ciudadano común y corriente, y desaniman de antemano a los jóvenes valientes y talentosos que pudieran interesarse por el servicio público.

Ahí radica el verdadero peligro de la escandalitis. Al final del día, en una atmósfera de condena y rechazo a todos los políticos, quedarán sólo aquellos a quienes les importe un comino su reputación. Y ésos no serán necesariamente los mejores.